

El espacio político en el siglo XX

Pérez Correa, Fernando

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Pérez Correa, F. (1997). El espacio político en el siglo XX. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 41(168), 75-90. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1997.168.49391>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

El espacio político en el siglo XX

FERNANDO PÉREZ CORREA

Resumen

El autor aborda la temática del desarrollo político-ideológico que las así llamadas "izquierda" y "derecha" han tenido a lo largo del siglo XX. A partir de un análisis puntilloso de las condiciones y circunstancias en las que estas ideologías se han desenvuelto, el autor analiza el "posicionamiento" que las mismas han tenido que elegir de acuerdo con la propia dinámica político-social en las que se han visto involucradas, cambiando, por ello, tanto sus perspectivas y proyecciones, como sus propuestas sociales ante un mundo en el que el "consenso y la integración" lo hacen cada vez más globalizado.

Abstract

The author explores the thematic of the political-ideological development that the so-called "left" and "right" have had throughout the twentieth century. Starting with a detailed analysis of the conditions and circumstances under which such ideologies have developed, the author analyzes the "positioning" they have had to choose according to the sociopolitical dynamics in which they have been involved, therefore changing, not only their perspectives and projections, but also their social proposals before a world in which "consensus and integration" make it increasingly globalized.

Según sus biógrafos y analistas, el siglo que culminará en tres años más arroja un balance de signos encontrados. Por un lado, es el siglo de la democracia, la solidaridad global, el desarrollo, la ciencia y la técnica, la información, los medios de comunicación, las mujeres, los niños. Destacan, por el otro, sus grandes saldos rojos: los totalitarismos, la bomba atómica, la explosión demográfica, la destrucción ambiental, el desencanto.

Este escenario finisecular plantea, además, una doble interrogante: cuándo nació y si ya concluyó. ¿Se inició acaso en París, con la Exposición Universal (1899), o en los Balcanes, con Sarajevo (1912-

1914)? ¿Arranca quizá con la guerra ruso-japonesa (1905), la Gran Guerra (1914-1918), o la Revolución de Octubre (1917)? ¿Concluyó en 1989, con el Muro de Berlín; en 1991, con el derrumbe del socialismo real y la desintegración de la Unión Soviética; un año más tarde, con la guerra de los Balcanes y el segundo Sarajevo; o aún perdura, aguardando el nuevo milenio, el acontecimiento decisivo?

El siglo xx es, también, el siglo de la mercantilización global, los procesos que la tensionan y sostienen, la superación de sus límites espacio-temporales. Es, en fin, acaso por lo mismo, el siglo de la internacionalización de las ideologías, las alineaciones, las fuerzas políticas.

Las ideologías: espacio político y alineación

La imagen de un espacio horizontal en el que se posicionan las fuerzas políticas en un continuo movimiento que va de izquierda a derecha, ha permitido postular una dimensión en la que, simultáneamente a la localización de estas mismas fuerzas, se ordenan las voces encontradas y se fijan en los extremos, para efectos hermenéuticos, las posiciones de polarización.

El origen de esta imagen nació en la Revolución francesa, y se refería en ese entonces a la división topológica en que las diversas fuerzas políticas se distribuían los asientos en el recinto legislativo: la derecha, la izquierda, la montaña... Hoy, la variedad de públicos alineados, la diversidad de cuestiones en disputa y la "ciudadanización" de la política, rompen este escenario elemental de protagonistas, papeles y cuestiones unidimensionales. Así, la utilidad de esta metáfora sencilla e iluminadora ha disminuido. Ahora, para emplearla con provecho, es preciso distinguir en qué espacio se producen el "posicionamiento" izquierda-derecha. Es decir, cuál es la unidad de análisis (sociedad, partidos, estados, etcétera) en la que se alinean las fuerzas; quiénes toman posiciones; cuáles son los componentes que se ordenan espacialmente (ciudadanos y organizaciones, fuerzas políticas, bloques parlamentarios u otros); con relación a qué cuestiones se produce el alineamiento (políticas culturales, sociales, económicas); en fin, cuál es el *tempo*, la duración, el periodo

en que se estructuran estas fuerzas políticas de acuerdo con dicha distribución espacial. Veamos:

1. El alineamiento depende, en primer término, de la naturaleza del conjunto al que nos referimos y de los componentes que lo integran. En un extremo, el de la opinión pública, la distribución entre izquierdas y derechas constituye una simplificación sincrónica. Si se acepta que la opinión pública es un flujo dinámico y volátil, determinado por las circunstancias, entonces el “posicionamiento” es un acontecimiento puntual (las elecciones, una encuesta, un movimiento determinante) que permite tomar una instantánea y asignarle un valor fijo. Pero el saldo, sin embargo, es provisional. La evolución de la economía, la gestión pública, la propaganda y la contrapropaganda, entre otros factores, afectan este flujo y alteran los resultados que arrojarían cortes sucesivos.

En el otro extremo, el de los órganos deliberativos plurales ya estructurados —como los partidos o los parlamentos— el “posicionamiento” es, en cambio, permanente, y no es más que la traducción visual de la polarización estructural. En su caso, la distribución espacial de las fuerzas cobra la dimensión de una analogía diacrónica. La metáfora espacial expresa la ubicación de las fuerzas en el espectro político. Ahora bien, las unidades de análisis pueden multiplicarse o dividirse. Así, se pueden reconocer las izquierdas, centros y derechas de una fracción, partido, coalición de partidos; o bien de uno, varios o todos los estratos sociales; o, en fin, de esta o aquella elección. Por lo mismo, sincronía y diacronía se sobreponen, se confunden, en particular en el ánimo colectivo: el signo espacial se hace sustancia, y los intereses concretos, metáfora.

2. La identidad de los conjuntos circunscribe y determina la naturaleza de sus elementos. Distingamos los conjuntos conformados por componentes individuales (el ciudadano, el votante, etcétera), de aquellos conformados por componentes colectivos (el sistema de partidos, las coaliciones parlamentarias). ¿Cuáles son los factores que determinan la identificación de individuos y grupos con posiciones precisas en el movimiento continuo izquierda-derecha? La historia, la estructura social, la naturaleza de las controversias coyunturales, y los programas e intereses, determinan sin duda las afinidades y las identificaciones. Sin embargo, ni siquiera estos factores son percibidos en su estado “virgen”, sino que están ideoló-

gicamente procesados. Además de ello, la integración ideológica afecta desigualmente a públicos alternativos. Ni el letrado local es una figura decisiva en la gran urbe, ni la misma publicidad conmueve a todas las “masas” sin distinciones. Identificación dura y afinidad volátil concurren con el mismo derecho a integrar distribuciones cuantitativas, pero no a patentizar por igual sus iniciativas resueltas.

3. Una cuestión crucial se refiere a las disputas que determinan la polarización. Sólo como resultado de una hipersimplificación puede postularse en la actualidad una polarización unidimensional. Los “posicionamientos” frente a querellas históricas (Iglesia-Estado, educación y libertad de cultos u otros); las alineaciones con relación a derechos individuales y costumbres (cuestiones de género, erotismo, aborto, etcétera); las identificaciones frente al papel del Estado en la economía (Estado de bienestar, sector paraestatal, regulación, políticas públicas); las preferencias en materia de garantías y responsabilidades (derechos humanos, libertades, derechos sociales); en fin, la agregación de intereses culturales, étnicos, demográficos, geográficos y varios más dan lugar a una gran diversidad de “posicionamientos” polarizados que no necesariamente coinciden, se recubren o se refuerzan unos a otros.

Es concebible, así, una fragmentación desigual de los públicos con relación a las más diversas cuestiones, de modo que la resultante sea una constelación de alineamientos. Hay derechas (o izquierdas) políticas, económicas, morales, étnicas, sociales con variadas capacidades de convocatoria y potenciales para suscitar la identificación. El reagrupamiento de todas ellas en una “propuesta” es obra de los procesos partidistas de agregación y articulación de intereses y no, a la inversa, el resultado de una identidad compleja.

4. Finalmente, según la unidad de análisis, los públicos y las controversias en cuestión, los “posicionamientos” pueden ser relativamente estables o extremadamente volátiles. Acaso el más estable de ellos corresponda a las afiliaciones ideológicas y a las identidades partidistas, y el más volátil exprese demandas y propuestas de circunstancia así como adhesiones coyunturales. Con todo, tanto los “espíritus de época” como los “imaginarios colectivos” cambian inexorablemente. Igual ocurre con las pertenencias “duras”. Hace dos décadas Sartori constataba “la victoria de la izquierda”. Es pro-

bable que la globalización y la respuesta neoliberal al estancamiento inflacionario expliquen el dominio contemporáneo de la derecha y su capacidad de definir la agenda y situar las opciones. Pero, ¿no se está, acaso, en los albores de un nuevo balance de fuerzas, de un nuevo ascenso de la izquierda?, ¿no continúa el juego?

Una nota pertinente se impone. La interpretación misma de la polarización se ha convertido en una percepción polarizada. Las versiones políticas de la izquierda son las que hacen hincapié con mayor facilidad en la vigencia del enfrentamiento izquierda-derecha. En cambio, las propuestas generalmente reconocidas como de derecha, suelen privilegiar “el consenso”, y prefieren interpretar la discrepancia como un juego de alternativas en las políticas públicas más que como una colisión entre proyectos globales encontrados. Hay pues una ideología de las ideologías.

El balcón central: la izquierda y la derecha

Para colmo, las elecciones son decididas con frecuencia por el voto indeciso, volátil. Cuando los partidarios identificados con una opción (el voto duro de un partido) están en un punto cercano al equilibrio con los de otro u otros partidos —lo que ocurre muy a menudo—, la decisión la toma el “voto flotante”. Ante esta eventualidad, los partidos mitigan sus propuestas y sacrifican el gusto de sus partidarios por “propuestas claras”, a cambio de una amplitud ideológica en la que puedan reconocerse y agruparse todos (o casi todos). Cierto, el recurso no es ilimitado. Aunque es usual cierta dosis de “hipocresía” partidista, el oportunismo “camaleónico” termina por ahuyentar a los propios simpatizantes. La identidad ideológica, la sensibilidad política y el gusto publicitario no son resortes intercambiables. Las posiciones ideológicas poseen sus tradiciones y ritos, suman iniciados, fundan sus medios, sus lenguajes, sus mitos y, sobre todo, cuentan con sus ministros, con sus guardianes.

Toda propuesta política dosifica las tesis de continuidad y de cambio. La continuidad, el *statu quo*, la defensa de las tradiciones, los derechos adquiridos, el “orden”, conforman la quintaesencia de la derecha. El cambio (para la igualdad, la justicia, el progreso), el “nuevo orden”, la transformación dirigida, la refundación (instantá-

nea o gradual), la dialéctica, las “reivindicaciones” para el futuro, fundadas en un supuesto pasado son la divisa de la izquierda. El orden *es*. No requiere ni de un paradigma ni de una justificación. En cambio, el nuevo orden *no es*. Construirlo requiere un modelo, una teoría del cambio y un paradigma de su dirección. La ideología de la continuidad no requiere utopías, suma la fuerza de la costumbre, el vigor de los intereses instalados y la solidez de lo establecido. La ideología del cambio debe agregar fuerzas, articular intereses, invocar el agotamiento, la crisis. Los vicios del pasado y los crímenes del futuro son los recíprocos contrargumentos.

Pero todo se trastoca cuando el cambio toma el poder, se hace institución y sofoca la dialéctica. Entonces la derecha propone “avanzar” hacia la restauración, el restablecimiento, mientras la izquierda defiende una dinámica fija, a menudo petrificada. La derecha reivindica el futuro. En contra, la izquierda reivindica “el proyecto” como justificación del presente. El “posicionamiento” frente a la línea del tiempo se ha revuelto.

Así, con las mutagénesis derecha-izquierda, las ideologías del siglo xx han sido dinámicas. En la actualidad, la evolución política ha permitido advertir una modificación clave en la estructuración espacial de las fuerzas. Aunque en medio de muy complejos embrollos doctrinales, la izquierda defendió frente a la desigualdad una propuesta “democrática” de justicia social, de bienestar, cuyo cumplimiento implicó medidas redistributivas y políticas de moderación. El resultado fue la imposición de cargas proporcionales y, por lo mismo, desiguales, y la generación de un aparato de gestión de programas costosos y de efectos discutibles. La derecha, por su parte, no ha escatimado las críticas frente a los efectos recesivos y los costos económicos y políticos del “estatismo” y del “populismo”, ha reafirmado la racionalidad del mercado, y ha propuesto políticas “equitativas”, centradas más en las contraprestaciones reales de cada quien, en una especulativa multiplicación de las oportunidades y en la recompensa al éxito, que en cualquier esquema que implique la reducción de las libertades económicas.

Con relación a las minorías étnicas, culturales, religiosas, laborales y económicas, la izquierda, en términos muy generales, ha ofrecido estatutos especiales, compensatorios, incluso “remediales”, mientras la derecha ha afirmado los valores de la integración y el

universalismo, sin demérito de admitir ciertas medidas “emergentes” y provisionales. Sin embargo, lo antes dicho no describe las respectivas ofertas con relación a los desempleados, los pensionados, los marginados estructurales. Hoy contrasta la idea de izquierda acerca de que los derechos sociales son cláusulas del pacto social que funda la convivencia, con el postulado opuesto, según el cual las retribuciones sociales son contraprestaciones contractuales, o bien son derechos otorgados transitoriamente.

Cabe destacar el hecho de que la propuesta de la izquierda reivindicaba un cierto carácter histórico: defendía el futuro. En efecto, las izquierdas articularon sus propuestas en ideologías del “progreso”, el “desarrollo” y contrastaron los intereses coagulados, “resistentes al cambio”, con los requisitos de una sociedad de “progreso”. En tanto, la derecha se vio de pronto defendiendo el presente y los intereses consecuentes.

Así pues, la izquierda siempre invocó su condición de heraldo de los tiempos nuevos. La derrota de los totalitarismos de derecha hizo creíbles sus pretensiones, pero el fin de los treinta años de desarrollo de la posguerra, el estancamiento con inflación, 1989 y 1991, la caída del Muro de Berlín y la desagregación de la Unión Soviética, las hicieron dudosas y a la postre insostenibles.

A finales del siglo XX, la definición frente al tiempo y la estructura de la sociedad, criterio fundador de las distinciones entre izquierda y derecha, ya no es verdadera. Esto es así materialmente porque hay un socialismo real que es reaccionario e inmutable, y un liberalismo de mercado que postula el movimiento, el impulso y la superación de las rigideces. Pero lo es también por un cambio en las respectivas clientelas. Hoy, la izquierda defiende los intereses de las profesiones, los sindicatos, las burocracias, los empresarios más vulnerables, en suma, de los perdedores en el balance del proceso de globalización y reforma del Estado. En cambio, la derecha se asigna la misión de dar paso al mundo del siglo XXI, un mundo de alternativas abiertas, flexibles, libres de compromisos e innovadoras, es decir, dar paso a los intereses de los ganadores y del “progreso”, sin “corporativismos”, “clientelismos” o “gremialismos”; sin derechos colectivos ni obstáculos sobrepuestos al funcionamiento de los mercados. La visión de “progreso” en momentos diferentes del siglo XX significa dos cosas radicalmente distintas; una, culminante en la pos-

guerra, hace referencia a los frutos de los pactos sociales fundamentales, mientras la otra, antes del fin de siglo, destaca los logros del juego racionalizador del mercado.

La lucha es también emblemática, publicitaria. Se libra en la arena electoral, en campañas, en los medios, de cara a “la opinión”. La ideología, que de suyo tiene una elaboración discursiva, se ve sometida a su reducción simbólica y propagandística. El aparecer se sobrepone al ser, el *flash* desplaza al discurso, la imagen es el signo de sí misma. Las burocracias occidentales de gobiernos “de izquierda” pudieron haber pasado ya por la reforma del Estado, es decir, haber enfrentado una crisis decisiva y pagado el costo. Pero los resultados se abonaron a los activos de la derecha, virtualmente en todas partes. “Aparecer” en triple A, “aparecer” en primera plana con foto, “aparecer” en el matutino radiofónico. “Aparecer”: ésa es la clave en la lucha ideológica actual.

El “posicionamiento” contemporáneo

Todos estos elementos pueden fungir como base para un análisis de los grandes desarrollos del siglo xx con el fin de visualizar los “posicionamientos” espaciales. A modo de simplificación, se pueden citar tres grandes cuestiones al respecto: la modernización, el proceso de expansión y reforma de los estados nacionales y los contenidos de las políticas públicas.

La modernización

El siglo xx es el siglo del triunfo de la modernización. La modernización es la corriente fundamental en la que se ubican los grandes procesos políticos relacionados con el Estado; los proyectos, las estrategias y las organizaciones de las fuerzas sociales; las relaciones de mercado, entre las que destacan las relaciones de trabajo y la producción cultural; los procesos de fragmentación social en la producción y los de reagrupamiento en la unidad del símbolo-mercancía.

Marx había advertido que el carácter esencial de la sociedad moderna, capitalista, era el sello determinante del mercado sobre las

relaciones sociales. Fundó conceptualmente la teoría de la mercantilización en la elaboración teórica del pasaje del valor de uso al valor de cambio y en el postulado de que la mercantilización, o sea, el intercambio generalizado regido por el valor de cambio, es el factor determinante de la realidad social. La dinámica del mercado gobierna la competencia y relaciona las fuerzas productivas; determina la concentración del capital y la universalización del intercambio mercantil, del proceso productivo y de la clase obrera; conduce, en fin, a la estructuración de la sociedad y a la marginación de los sectores que permanecen aislados del capitalismo como corriente fundamental.

Hasta aquí, habría una exposición crítica de la economía clásica. Pero la teoría de Marx propone explícitamente una imagen espacial de la alineación de las fuerzas políticas, y de la inversión de su signo, conforme se producen los desarrollos inherentes al capitalismo. Al inicio del capitalismo, la burguesía es la clase progresista, revolucionaria, transformadora de las fuerzas productivas y productora del edificio político de la sociedad moderna. En perspectiva con el triunfo del capitalismo, la burguesía pasa a ser una clase conservadora, un obstáculo para el avance de las fuerzas productivas, la negación de la transformación social. En el primer momento el proletariado es un aliado histórico de la dominación burguesa y abanderado del progreso; en el segundo, es el antagonista de la burguesía. La crítica es ya un elemento de praxis, pero aún incompleto. La consumación del proceso reclama la acción sistemática y consciente del proletariado. De ahí el tránsito del análisis teórico a la práctica ideológica.

Consecuentemente, izquierda y derecha no son posiciones espaciales sustantivas, inherentes a una clase en cualquier "etapa histórica"; para definir su signo, las clases dependen del marco histórico que las acoge.

Mill, contrariamente, nos ofrece el contraejemplo de vinculación entre teoría y praxis. El mercado es el espacio en el cual el interés individual cobra el rango de instrumento del bienestar de todos. Es un desatino alterarlo. El postulado práctico del mercado y la utilidad se identifica con una doctrina, una teoría prescriptiva. Al igual que el orden, el mercado *es*, está presente, es la realidad o, mejor todavía, el mercado es el orden. La dinámica del presente, dejada correr, no

puede sino significar adelanto, prosperidad, bienestar. La clave es la libertad ejercida en un marco de orden.

Es interesante subrayar que, de hecho, la izquierda y la derecha contemporáneas han tenido como un referente inevitable el corpus doctrinal del socialismo marxista y del liberalismo milliano, respectivamente. Sin duda alguna, tanto el socialismo democrático como los extremos reaccionarios escapan totalmente al marxismo, el primero, y a la propuesta liberal, los segundos. Con todo, en el orden práctico, parece indudable que se ha pensado el siglo XX interpretando sus grandes momentos y organizando la acción con las categorías de estas ideologías de finales del siglo XIX. Es hasta la conclusión de este siglo que esta circunstancia ha cambiado, que el pensamiento social ha reconocido la razón de las cosas —el relativismo y la diferenciación del discurso científico— frente al absoluto del discurso prescriptivo.

La crítica del capitalismo o su defensa, desde el punto de vista doctrinario, ha corrido en paralelo al análisis sociológico de la modernidad. Los resultados de dicho análisis son útiles para los propósitos de este texto.

Durkheim pensaba que la sociedad moderna resulta del cambio sostenido en la división social del trabajo y en la articulación consecuente de las relaciones sociales. A un esquema de organización “racional”, esencialmente homogéneo, estable y regido por orientaciones extrasociales, sucedía, gradualmente, un modelo diversificado, heterogéneo, aunque articulado y regido por el derecho. La diversificación social es el proceso fundamental que conduce a la modificación de la solidaridad.

La división del trabajo social es el núcleo del que se desprenden tanto el sistema de intercambios como la orientación general de los comportamientos. La división determina la fragmentación de distintos ámbitos productivos y el anudamiento de relaciones específicas en su interior, de suerte que se generan una multitud de espacios humanos que no necesariamente se reconcilian en una matriz única, sino apenas en un proceso solidario de intercambio. En la sociedad moderna la normatividad específica está por construirse. En esta perspectiva, la idea de progreso está vinculada a la rearticulación social por la vía del derecho. El grupo y la clase dejan de ser los protagonistas de las relaciones sociales y son progresivamente des-

plazados por los individuos. Durkheim ofreció las bases teóricas del individualismo y la república de ciudadanos. En contrapartida, ofreció también la perspectiva de una sociedad fragmentada y vulnerable.

En este orden, izquierda y derecha constituyen para Durkheim lecturas de un solo proceso con énfasis diferentes y postulan apenas, a pesar de sus consecuencias, modificaciones de detalle y de acabado en un proceso global que las trasciende. El mundo moderno es necesariamente un mundo diversificado y solidario, fraccionado y fundado en la comunicación y en la norma. Es una apuesta a la construcción de una nueva solidaridad interdependiente y autónoma.

Max Weber es el teórico de la racionalización. Lo propio del capitalismo es la capacidad generalizada de sus productores de elegir medios eficaces para obtener objetivos precisos. Lo que define la naturaleza de la sociedad moderna es la disposición social de conocimientos científicos, su aplicación técnica, el recurso a la organización de los medios para optimizar los resultados. En esa perspectiva, el carácter abstracto y universal de la ley y su aplicación a cargo de organizaciones profesionales burocráticas, regula jurídicamente el despliegue de los procesos productivos y distributivos. Con todo, la ética es fundamental a pesar de la secularización, el desencanto del mundo y la profesionalización de las tareas sociales. Lo es, no sólo porque la orientación valorativa tiene un papel decisivo en el comportamiento humano, sino también porque el efecto de los valores sobre las instituciones sociales es fundamental. Weber postula entonces una política de la responsabilidad que vincula sistemáticamente propósitos con resultados y valores y medios técnicos con eficacia. Ciertamente, la ideología se refiere al "espíritu" de la sociedad, a los grandes valores que la legitiman y a los proyectos que la movilizan, más que a la determinación de las políticas y a su inevitable financiamiento específico.

Con todo, para Weber no hay una dirección, un destino, un fin de la historia. Hay cálculos, responsabilidades asumidas y tendencias inexorables: burocratización, desencanto, racionalización, tecnificación. Pero, por así decirlo, son nuestros. La apuesta ética de Weber se juega con el derecho, con la construcción del Estado nacional limitado por el derecho y controlado por la sociedad. Una vez

más, sin embargo, el proceso decisivo es la racionalización capitalista. Las ideologías son superfluas y la responsabilidad es una cuestión de esencia.

Consecuentemente, la sociología de la modernidad acota los ámbitos de la ideología cuyas determinaciones, sostiene Weber, poco pueden hacer respecto de procesos globales aunque, en cambio, alteran gravemente sus costos relativos. No tardaría el terror totalitario en poner a prueba sus percepciones.

Los estados nacionales: el bienestar en vilo

El balance del siglo XX es ambiguo. Siglo de la modernización, es también el siglo del totalitarismo, de los genocidios; siglo del triunfo de las ideas occidentales y de la emergencia en Oriente de sus extremos es, igualmente, el siglo del triunfo de la democracia.

El siglo XX nació bajo el signo del optimismo, la confianza en la superación de la guerra y la certidumbre en la ciencia y en la humanidad. Una sola guerra, que va de 1914 a 1945, restableció el realismo. La izquierda democrática se consolidó durante la posguerra. El laborismo, el socialismo democrático y las alianzas progresistas avanzaron el Estado de bienestar, la organización social y el juego democrático con un sello indeleble. Después, treinta años de crecimiento dinámico hicieron concebible la realización de la utopía. Sin embargo, hace apenas dos décadas la reforma del capitalismo ubicó a la izquierda entre las primeras bajas impuestas por el neoliberalismo. Hoy sabemos que la suerte sigue abierta. ¿Cómo se han dado, a lo largo de estos procesos, los alineamientos izquierda-derecha?

En un extremo, el siglo XX es el siglo del ascenso, decadencia y caída del marxismo-leninismo, ideología convertida en forma de vida entre 1917 y 1991 en la Unión Soviética y sus países aliados. Éste es un hecho determinante. Paralelamente, la izquierda europea toma su propio camino.

A lo largo del siglo, esa ideología fue esencialmente "social-demócrata". El inicio de la Gran Guerra le permitió negociar la lealtad de los proletariados nacionales, en el contexto del "internacionalismo" de la clase obrera. La entreguerra cobró como característica mayor de la dinámica de la izquierda la lucha contra el fascismo. Con

todo, las guerras republicanas, los frentes populares y las agendas reformistas escaparon en buena medida a los comisarios soviéticos y a la lógica perversa de las potencias. La Segunda Guerra Mundial impuso la alianza entre la Unión Soviética y los países occidentales. La derrota del Eje implicó la inmediata reanudación del antagonismo "histórico" de los soviéticos frente a los capitalistas. La década de los cuarenta concluye atrozmente con los enfrentamientos de la guerra fría escenificados en Europa del Este y en Grecia. La izquierda de los países nórdicos y el laborismo se deslindaron del socialismo real. En Francia y en Italia, en cambio, el peso del Partido Comunista fue abrumador. Después de años de complicidades, silencios y condenas titubeantes de esta izquierda, hasta bien entrada la guerra fría, el horror totalitario impuso el deslinde. Sin embargo, el saldo negativo fue inevitable: sembró en las conciencias una desconfianza inmensa en el socialismo, que no habría de despejarse nunca. El socialismo democrático no retomó el aliento sino hasta bien entrada la década de los setenta, cuando, por cierto, la reforma del capitalismo ubicaba ya a su proyecto social entre las primeras bajas impuestas por el neoliberalismo. En Italia el atascamiento ha sido permanente.

El fin del siglo xx encuentra a una izquierda con agendas en revisión, balbuceantes y tentativas, pero con un electorado reticente y decepcionado frente a la política neoliberal. El regreso incierto de la izquierda al poder, en estas condiciones, no es la vuelta al pasado; transita por la asunción de la crítica al Estado de bienestar y a la expansión del sector público. La izquierda de final de siglo es, entonces, una izquierda posneoliberal, pues formula sus tesis con muchos de los presupuestos del paradigma neoliberal.

En el frente conservador, el siglo xx ha sido también el siglo de otras religiones seculares, igualmente animadas por la superstición, los dogmas de salvación y la capacidad radical de exclusión. El nazismo y el fascismo antes de la guerra, y los fundamentalismos de fin de siglo, representan extremos violentos del dogmatismo dotados de un enorme apoyo popular. El orden, el pasado, la integridad se defienden con una violencia descarnada.

La derecha totalitaria perdió la guerra. Pero entre los vencedores se encontraban la Unión Soviética y no pocos gobiernos conservadores. El efecto es entonces diferenciado. En Francia, después de

unos meses de vértigo, la Cuarta República fue el escenario de enfrentamientos inconclusos. En los países vencidos, la guerra fría decidió su suerte. Las “democracias populares” tomaron las riendas en los países del Este. En Occidente, en Alemania e Italia, gobernaron por décadas los conservadores. En los otros países, en los triunfadores, una especie de pacto social hizo posible, aunque con reticencias, la alternancia de izquierdas y derechas.

Igual ocurre con el descrédito que arroja la caída del socialismo real. El balance es diferenciado y ambiguo. En rigor, las determinantes son otras líneas de fuerza: la globalización, la construcción de bloques económicos, la reforma del Estado, la negociación corporativa interna. Lo son con mayor razón en el marco de un mundo unipolar y, después del himno triunfal del neoliberalismo, en el desencanto de los votantes por la exacerbación de las desigualdades y el tedio.

En suma, el siglo concluye con querellas ideológicas inconclusas, trastocadas, reanimadas y vivas, pero situadas. Los horrores del siglo, los muertos, los excluidos, los excesos no impiden un balance positivo aunque moderado. Ni el pesimismo inspirado por la “ingobernabilidad” de la sociedad moderna, el mercantilismo, el racionalismo abstracto y la vida social fundada en el cálculo; ni el optimismo apoyado en el desarrollo sostenido, la extensión del bienestar y el disfrute de las libertades, se expresan con acentos extremos, exclusiones y condenas. Se advierte una razonable tolerancia, aunque también una menos entusiasta pulsión hacia la afirmación excluyente y el juicio sin matiz.

Políticas públicas

Easton distinguía tres componentes de todo sistema político: los valores básicos que lo sustentan, las reglas del juego y las instituciones que los encarnan, y la asignación pública de bienes y servicios, es decir, las políticas públicas. Un razonable acuerdo es indispensable con relación a los principios fundamentales y, sobre todo, a las reglas del juego. Pero las políticas públicas son precisamente el objeto fundamental de la discrepancia, de la lucha política.

Hoy, en los países industriales, los sectores más abiertos son responsables de la gestión de una parte fundamental de la econo-

mía. Producen bienes y servicios con gran movilidad, trabajo especializado, tecnología de punta y relaciones productivas flexibles. Simultáneamente, los servicios de salud y seguridad social, educación y otros representan un poco más de una tercera parte del PIB. La política de fomento, subsidios, promoción externa de las empresas constituye un ingrediente decisivo de viabilidad económica. Consecuentemente, aun en el Estado "reformado", la orientación de las políticas públicas gobierna el proceso económico y los niveles de bienestar. Con la reforma, el Estado ha abandonado significativas áreas del gobierno emprendedor. Pero el incremento de sus funciones reguladoras, promotoras y servidoras lo hace más fuerte que nunca. Y la orientación de estas capacidades, por sus efectos, es determinante para la economía y la sociedad. En consecuencia, una propuesta de gobierno no es igual a otra. Los mandatos públicos se distinguen por sus consecuencias: deciden quién gana y quién pierde con el proceso social.

La reforma estructural ha generado ganadores y perdedores. Los sectores exportadores y de punta, los especuladores bursátiles y del dinero, los productores de tecnología, servicios financieros y organizativos, el comercio internacional, la banca y los transportes, sus accionistas, ejecutivos y empleados, sus proveedores y sus soportes son los ganadores. Las manufacturas, las pequeñas y medianas empresas, los sindicatos, el comercio interno, las profesiones, las administraciones locales, las burocracias, son los perdedores. Al margen, los pensionados, los desempleados estructurales, la tercera edad, los discapacitados, los marginados urbanos constituyen los sectores excluidos e inermes. Son una quinta parte de la población. No tienen influencia, capacidad de organización ni de sanción.

Las ideologías que han favorecido el nuevo acuerdo son ideologías de la globalización, el progreso nacional acomodado a la competencia internacional, la vida social cooperativa, la "nueva sociedad" fundada en el consenso y la integración. Los perdedores apenas alcanzan a formular una agenda defendible. Su ideología se mueve en el estrecho margen que deja el rechazo a los estatismos, el burocratismo, las rigideces gremiales y las prestaciones ruinosas. Todos comparten el desencanto con la política: cargos comunes de corrupción, ineficiencia y desperdicio. Los ganadores, como se ha indicado, articulan una ideología que no sólo califica a las izquierdas

de regresivas y prehistóricas, sino que postula la reconciliación, el consenso, de ser posible la unanimidad como el signo de la política del futuro. Los perdedores, representados por las izquierdas, construyen discursos autogestionarios, federalistas, participativos y flexibles para absorber el impacto de la ciudadanización, y ganar el espacio necesario para postular políticas públicas que aseguren el cumplimiento de los pactos sociales y los mínimos de bienestar. Unos y otros saben que nadie compra ofertas dramáticas, que el peso determinante lo tiene el centro y que el factor decisivo está en los medios. Saben que la alternancia de posiciones resulta de la continuidad en la oscilación de la rueda.

Este siglo, nacido en un ambiente entusiasta, optimista y polarizado, concluye con un tono razonado. El balance arroja resultados ruinosos para los extremos y una discreta toma de ganancias para el centro. Los avances son portentosos, las percepciones mezquinas. Como decía Tocqueville, ni grandes glorias, ni grandes crímenes; virtudes y vicios pequeños.